

“ Inmediatamente dejaron la barca y a su padre y lo siguieron. (Mateo 4, 18-22)

En la fiesta de San Andrés Apóstol, el evangelio nos recuerda cómo, Pedro, Andrés, Santiago y Juan, fueron convocados por el Señor. Todos eran pescadores. Seguramente habrían intercambiado sus impresiones sobre aquel predicador errante que estaba recorriendo Galilea y habrían coincidido en que no era como otros y que merecía la pena interesarse por lo que hacía y decía.

En esta corta narrativa evangélica de la llamada encontramos algunas actitudes que aparecen como fundamentales. Podemos subrayar la intrepidez de la confianza, la capacidad de cambiar de vida renunciando a la seguridad de lo conocido y el sentido de comunidad, de grupo. Todas ellas marcan el itinerario evangélico de la formación para el discipulado. Lo pienso en clave de seglar, pero también en clave de vida consagrada.

No es posible optar por seguir a Jesús sin una alta dosis de confianza basada en la esperanza de una vida plena. Así mismo es preciso tener la capacidad de morir a todo aquello que impide o dificulta asumir el nuevo proyecto, generando un nuevo estilo de vida donde la comunidad será a la vez lugar, fruto y fuente.

En una cultura marcada por el deseo de tenerlo todo controlado y asegurado, la capacidad de riesgo de Andrés, Pedro, Santiago y Juan nos desconcierta. Si nos fijamos bien, ninguna de las opciones fundamentales que hacemos a lo largo de nuestra existencia puede contar con certezas o seguro alguno. Nos enamoramos de una persona y damos el paso a la vida conyugal arriesgándolo todo. Lo mismo ocurre con quien emite sus votos como consagrado o consagrada. Aún en la más profunda de las relaciones místicas existen bifurcaciones del camino que implican saltos al vacío. De este modo, nuestras biografías están pautadas por pocas y cruciales decisiones.

A la luz de la vida de Pedro, Andrés, Santiago y Juan podemos comprendernos, tomar nota de esa itinerancia vocacional que les llevó de un estilo de vida a otro; trabajar en nosotros la disponibilidad, la capacidad de cambio, de entrega y la necesidad de cultivar la referencia comunitaria. La comunidad nos brinda el servicio de confrontarnos con el proyecto que nos une, nos da esperanza cuando flaqueamos, nos contiene afectivamente, nos hace seguir apostando por sueños compartidos.

En la misma línea debemos entender y soñar la vivencia comunitaria del proyecto Hospitalario: *“Todos, hermanas y colaboradores, desde nuestra propia vocación, somos llamados y enviados a vivir la Hospitalidad”*. (XX CG, 24)



Danilo Luis Farneda Calgaro

PASTORAL. ATENCIÓN ESPIRITUAL Y RELIGIOSA - COORDINACIÓN PROVINCIAL